



ENRIQUE VILA-MATAS

Nuestro hombre en la vanguardia

Si hablamos de arte contemporáneo, la Documenta que se celebra en la ciudad alemana de Kassel cada cinco años es lo más de lo más, la vanguardia de la vanguardia, la avanzadilla de la avanzadilla. El escritor barcelonés retrata su gozoso merodeo por el evento en “Kassel no invita a la lógica” (Seix Barral).

Texto ANTONIO ITURBE fotos MARIO KRMPOTIC

La Documenta reúne lo último de lo último, lo nuevo de lo nuevo, lo moderno de lo moderno. Quienes esperen ver cuadros enmarcados colgando de la pared llegarán al sitio equivocado. Eso pertenece al Pleistoceno. No encontrarán marcos, ni seguramente cuadros, quizá ni siquiera paredes. Es el reino de las instalaciones, de lo efímero y lo sensorial... de eso tan escurridizo que en cuanto lo quieres atrapar se escapa, algo a lo que, por denominarlo de alguna manera, llamamos arte.

A los responsables de ese jardín de las maravillas ultramodernas se les ocurrió invitar a algunos escritores con marchamo de vanguardistas para que participasen

en la muestra. Y, entre ellos, Enrique Vila-Matas. La propuesta de una de sus máximas responsables, Chus Martínez, era que el escritor de turno estuviera acudiendo durante una semana a un restaurante chino del extrarradio de la ciudad, se sentara a una mesa y escribiera a la vista del público. Y de lo que allí aconteció, pasado por la cocina de su cabeza, infinitamente más deconstructiva que la del Bulli, con el hidrógeno de la ficción y la alteridad necesarias para que la historia fuera verdadera, surge este *Kassel no invita a la lógica*.

Invitamos al autor a seguir merodeando, algo a lo que es adicto. Nos citamos en el MACBA, museo de arte contemporáneo de Barcelona. El Vila-Matas del libro revive

de sus cenizas depresivas gracias a las instalaciones artísticas de Kassel y rechaza el desdén facilón tan español de despreciar lo que no se entiende a la primera (o a la quinta). Pero uno nunca está seguro sobre si ese entusiasmo no viene envuelto en una fina capa de ironía, por más que él lo niegue. En el libro recuerda, como de pasada, la primera vez que visitó el MACBA, el día de su inauguración: lo abrieron a la ciudadanía, pero sin cuadros, sin pinturas ni escultura alguna, sin nada dentro: “Fue muy llamativo, porque yo no me había enterado de que no había obra ese día, me llevó alguien. La gente paseaba arriba y abajo muy orgullosa, era algo muy de la sociedad civil: la gente



Vila-Matas durante nuestra visita a un MACBA que en esta ocasión sí tenía algo más que paredes blancas desnudas.

parecía decir con su satisfacción: nosotros hemos pagado esto. Algo muy catalán, también. Tocaban las paredes, comprobaban la calidad de la obra”.

Precisamente, una de las personas que después trató de llenar el aire fue precisamente Chus Martínez, conservadora del MACBA durante años y segunda de a bordo de la Documenta 2013. “Me llamó y me dijo que estaba harta de este país, de que aquí no se hiciera nada y no se entendiera la vanguardia, y me propuso la intervención en la Documenta”, me cuenta. Una frase de Martínez rebota en la cabeza de Vila-Matas durante todo el libro: “Le leí, en una entrevista en *Jot Down*, que el arte ni es creativo ni innovador, eso dejémoslo para el mundo de los zapatos o los coches, contaba. Y entonces decía: ‘El arte hace, y ahí te las compongas’. Pensé: ‘¿Qué ha querido decir exactamente?’”.

Es lo que es

¿Y qué quiso decir?

A un actor en televisión le estaban haciendo una entrevista sobre la obra de Beckett que estaba interpretando en Madrid. El periodista

le dijo: “En esta obra no se entiende nada” y él contestó: “Lo que a ti te llegue es lo que es”. De alguna manera, esas no instrucciones que yo recibía antes de viajar a Kassel, ese concepto del arte del ahí te las compongas, es una manera de decirte: espabilate.

¿Esperaban que usted se espabilase creativamente en ese restaurante chino tan anodino?

Cruyff, cuando hablaba de Butragueño, decía que era un gran jugador porque cuando pisa el área rodeado de contrarios, donde no hay nada, él crea una jugada. Pensé: “Me han colocado aquí, en algo donde no hay nada, en un restaurante chino... para que saques algo de tu propia experiencia”. Fue un reto creativo. O yo lo tomé así.

[Caminamos muy lentamente por los diáfanos pasillos del MACBA. Antes de entrar en una sala le pregunté si tenía un plan prefijado de escribir un libro y se detiene.]

Usted siempre acaba cayéndose dentro de la marmita de sus historias...

Pero aquí no fue algo premeditado. De hecho, poco antes de ir estaba angustiado porque dos días antes Mario Bellatín me advirtió

que le habían robado el ordenador allí. Y de la organización nadie me decía nada. Tenía la disyuntiva de pensar: “Si voy será interesante y podré contar una historia, si no voy podré imaginarla y aún será mejor”.

¿Hubiera sido capaz de escribir el libro de Kassel sin ir a Kassel?

Me invitaron una vez a un congreso que se celebraba en una montaña alemana y me dijeron que a las 12 de la noche tenía que leer en lo alto de la montaña un texto mío para los asistentes. Me imaginé una locura grandiosa, con la gente que tendría que subir con un funicular, pensé que habría tiendas de campaña arriba, que habría nazis que cantarían canciones de Wagner, que los escritores alemanes invitados estarían muertos... Y pensé: “¿Lo imagino o voy?”. Y decidí no ir

Lo contó en *El mal de Montano...*

Y lo curioso es que, una vez salido el libro, la misma gente me volvió a invitar para que viera que no tenía nada que ver con lo que había escrito.

Y el aferrarse a la imaginación como constructora del mundo propio, ¿no lo pone a uno en riesgo de alejarse

de la realidad? Alguien podría llamar médicamente a eso locura...

Al final, lo que queda siempre es lo imaginado. Porque al final no queda lo vivido, sino el recuerdo de lo vivido. Todo lo que nos ha pasado únicamente podemos ya imaginarlo. A la larga todo es imaginado... no veo el problema.

¿No le desgasta que la gente espere siempre que Vila-Matas sea a cada momento brillante y sorprendente, tener que sacarse un conejo de la chistera a cada momento?

[Me mira un tanto descompuesto, con cierto espanto...] ¿Se espera tanto?

Bueno, un poco sí. Es el escritor que llevan a Documenta, el referente de la modernidad...

Al ser más conocido hay muchas maneras de verme y de imaginarme que yo no controlo. Porque veo muchas cosas de internet en que la gente habla de mí que no tienen nada que ver conmigo. Me toman como icono de algo en lo que ni siquiera se me tiene en cuenta. Hay quien te trata como un nombre o como una consigna, antes que como una persona. Te tratan como si no estuvieras vivo. Veo intercambiar opiniones, muchas de gente joven, y me dan ganas de interrumpir y decir: "¡Ey, que estoy aquí, que soy una persona que está tranquilamente cenando en su casa!".

Salas y solos

En el libro cuenta el entusiasmo que le produce una instalación artística que consiste en un chorro de aire...

Es una brisa invisible en un espacio como este pero sin cuadros, donde pasa el aire. En un primer momento pienso que es aire que viene de afuera y me cuentan que el aire es artificial, y en una placa veo que pone: "El empuje invisible"... ¡Es la pulsión de lo invisible!

Ese entusiasmo por un chorro de aire no parece muy fácil de defender...

Ese impulso es el que se me contagia en el resto del libro, el que me impide dormir, el que me incita a mirar en contra de la idea de no interesarte por nada, muy de este país, sobre todo en el momento de

crisis en que escribo este libro, y el contagio de la decepción. Me di cuenta de que el impulso también lo necesitaba yo en mi vida y, en aquel viaje y desde aquel momento, el impulso invisible ya forma parte de mi visión de todas las cosas. Era una cosa tan elemental, tan mínima, que me pareció maravillosa.

Otra instalación que le atrae es la habitación oscura con unos bailarines al fondo que le rozaban.

Te puede parecer en un primer momento que no es nada, pero al mismo tiempo resulta muy interesante porque lo que se subraya es el gesto en lugar de la contemplación del objeto. Ese gesto, eso tan vivencial, solo lo pueden contar esos que han estado allí.

[En la sala del MACBA hay unos enormes cartones ondulados y, en una esquina, una maleta. Podría haberla olvidado alguien, pero enseguida te das cuenta de que es de un material sólido. Tiene al lado una cartela y me acerco a ver si entiendo qué hace ahí.]

¿Esto de que el arte tenga que venir con manual de instrucciones, como un lavavajillas, no es un poco raro?

Me encanta que haya una teoría y que haya que ir a buscarla. Está en absoluta oposición con un Rembrandt, claro. En un Rembrandt no hace falta que nadie te explique lo que es porque lo ves. Pero también me fascina la otra posibilidad. Si solo hubiera una posibilidad, que todo fueran Rembrandts me aburriría. Yo, a partir de lo que veo y de lo que me explican, lo enlazo con otras cosas y me sirve no para rechazarlo, sino para considerar precisamente que, sea lo que sea, me puede interesar.

Pero si la cartela que explica la obra está en un idioma que no entiendes el que la contempla... ¿se queda in albis?

Lo que no entiendes es muy creativo, porque te hace recrearlo de otra manera. Es una puerta abierta a otras cosas. A mí me encanta que me presenten una cosa que me abra la posibilidad de imaginar lo que yo quiera, que sea lo que tú quieras ver.

[La idea de esta entrevista andante, con su merodeo por el museo, no acaba de funcionar. Hemos estado todo el tiempo detenidos en los pasillos vacíos, charlando. Ninguno de los dos parece absorbido por esas salas algo desangeladas donde es necesario leer los rótulos para ver de qué va la cosa.]

“Al final, lo que queda es lo imaginado, el recuerdo de lo vivido.”

¿Por qué cree que no acabamos de entrar en el juego que propone el museo?

Si estás solo cambia la cosa. Si estamos dos es lo mismo que cuando se viaja con otra persona. Cuando viajas solo tiendes a verlo todo muy raro. No te das cuenta de que el raro eres tú. Cuando vas con otra personas comentas qué raro es todo y vas tranquilo, porque puedes hablarlo y te distancias. Si vas solo le das más vueltas a todo.

[Así que nos vamos paseando hacia la cafetería.]

El libro arranca con su salida hacia Kassel. Explica que fue precisamente el 11 de septiembre, Día Nacional de Catalunya... ¿Una licencia literaria metafórica?

En absoluto. Es auténtico. Fue la fecha en que me sacaron los billetes. Me tuve que ir hacia el aeropuerto a las seis de la mañana, arrastrando la maleta. Como vivo cerca, pasé por delante de la sede del Partido Popular, y la policía me miró con extrañeza. Debían preguntarse qué hacía pasando por ahí ese día un tipo con una maleta a esa hora tan temprana... era como si me escapara. Pero es que el año pasado me sucedió lo mismo: me tuve que ir a Alemania para un festival de literatura en Berlín justo ese día. Ya llevo dos onces de septiembre levantándome por la mañana tempranísimo y con la maleta.

En el libro leemos: “No se puede defender la libertad de las masas, únicamente la propia”...

Es el relato de un paseante, que cree mucho en sus pensamientos y sus decisiones propias, pero menos en el pensamiento de las masas. Estaba en el campo del Barça cuando se ganó la Liga en el último minuto. Me alegré de ganar la Liga, el público estaba muy contento, la gente se abrazaba y ese momento de júbilo colectivo me pareció maravilloso, pero luego hubo gente que empezó a insultar a los jugadores del Madrid y eso ya me pareció otra historia, me pareció horrible.

En este tiempo de barullo de banderas en Cataluña, ¿le han apretado para que se posicione?

Apretarme, no me han apretado. Me invitaron aquí a una reunión a la que no fui. He procurado mantenerme sin participar. En todo caso, prefiero manifestarme en artículos, pero no en entrevistas. En el libro de entrevistas de Galaxia quisieron que hablara para un titular, pero no quiero poner un titular a un político. No quiero darle a Artur Mas un titular y que me quite a mí el espacio que tengo para hablar de mis libros.

Ahora todo funciona a base de titulares...

Solo le dije a Elena Hevia, de *El Periódico*, que me insistió mucho: “Mira, son corruptos en un lado y corruptos en el otro. Conmigo lo tienen muy mal porque no me interesa ni un poder ni el otro”.

Aunque publica en castellano, siempre presume de escritor catalán...

Yo no tengo ese problema que explica Francesc de Carreras cuando habla del temor de los socialistas de que no los vean como catalanes. Yo me considero catalán y, como no soy político, nadie me quita que lo sea. No tengo ningún problema con esto. Pedigrí lo tengo todo, mi familia ha sido catalanista durante siglos. Cuando me reúno con Marsé en la tertulia de los domingos, hablamos en catalán.

Con la vanguardia topamos

Dice en el libro: “Cuanto más de vanguardia es un autor, menos puede permitirse caer bajo ese calificativo”...

Bueno, es un aforismo.

Si extremas tu discurso o tu histrionismo puede resultar impositado, pero si eres un señor plano tampoco eres vanguardista. ¿Qué hacer?

La cuestión es que yo no diga que soy vanguardista. Si alguien cree que lo soy me parece muy bien y si creen que no, también. Las obras

no haber roto un plato en su vida. Y el tipo daba miedo precisamente por eso, porque uno sabía todo lo que había hecho y estaba ahí, dentro de él. Ahora bien, también conozco vanguardistas, gente que eran rupturistas cuando tenían 20 años, y ahora que tienen mi edad siguen haciendo lo mismo.

¿Y son vanguardistas?

No, para mí no. A los 60 años es absurdo ser vanguardista en este sentido. Van repitiendo una cosa que está bien, pero ya se hizo. Proclamarse vanguardista es ridículo.

“Para eso estoy en el arte: huyo del aburrimiento. Me interesa lo que no se repite.”

que han revolucionado la literatura nunca dijeron que fueran vanguardistas, porque les daba igual lo que tú dijeras. Dickens jamás dijo que fuera vanguardista pero resulta que cambió la historia de la literatura.

Hay mucha gente que gusta de ponerse la chapa de “vanguardista”...

Vanguardista es el que cambió algo dentro de la historia de tu arte. Pero tampoco puedes serlo siempre, ni todo el rato.

No quisiera parecer impertinente, pero usted ya tiene una edad... ¿Se puede ser vanguardista con más de 60 años?

Esa sería una pregunta que haría más bien un joven que alguien como usted, de edad media. Porque el joven tiende a creer que alguien, porque es mayor, ya no es vanguardista. Sucede con Bob Dylan, simplemente porque cuando era joven estaba más delgado y tenía un aspecto más moderno, y ahora con ese bigote que lleva parece un mexicano. Pero el vanguardismo no es físico, sino mental. John Cage, cuanto más mayor, más vanguardista era y más interesante resultaba lo que decía. No hay que guiarse por la apariencia. Dennis Hopper, que ha sido uno de los actores más vanguardistas, cuando lo vi de cerca era un señor ya mayor, con aspecto de

Hay que buscar lo nuevo

Lo nuevo, en cuanto lo atrapas, ya deja de ser nuevo... ¿No es una búsqueda frustrante?

No todo lo tengo claro, pero esto sí y para eso estoy en el arte: huyo siempre del aburrimiento. Me interesa inmediatamente todo aquello que no se repite, que no he visto, que puede ser diferente... aunque luego me decepcione. Vivimos en un país donde, si sigues la televisión o los periódicos, ves repetirse siempre las mismas noticias. En cuanto aparece una noticia diferente, me vuelco sobre ella. Porque me ofrece una perspectiva nueva. Me pasa con la música que escucho cada día: necesito buscar un disco que no conozca para volver a ser feliz.

El Vila-Matas del libro dice: “Me habría dado envidia si no fuera porque yo no perseguía precisamente la felicidad”. ¿Cómo puede ser que alguien no persiga felicidad?

Porque, en cuanto notas que eres feliz, ya lo estás pensando y eso te conduce a pensar que en algún momento ya no lo serás. El otro día, Sergi Pàmies se preguntaba por qué tienes que ser feliz.

Ser feliz no se sabe en qué consiste, pero la infelicidad es la angustia, la tristeza, el desencanto...



Kassel no invita a la lógica
 Enrique Vila-Matas
 Seix Barral
 304 págs. 19,50 €.



Un encuentro durante el que se paseó bastante menos de lo que se habló.

Pero eso es el ser humano. El ser humano está hecho de luchas constantes.

¿Y cómo salir airoso de esa lucha?

El libro propone una forma de vivir que no me la invento yo, sino el Romanticismo. Se trata de mezclar arte y vida y que todo lo que hagas forme parte de ese arte de vida. Esta entrevista sería también un momento de arte, tal como lo expongo en el libro. Si fuera una cuestión funcional, para mí sería aburrido, sería un compromiso. Si estamos hablando de una serie de cosas, me pueden aportar nuevas ideas para otras historias. No hago una entrevista únicamente para salir del paso, sino que vivo como arte todo lo que hago.

Se debate entre el mal de Montano, que lo impulsa a la literatura, y la tentación de Bartleby de dejar de escribir. ¿Cuál acabará venciendo?

Cuando hace muchos años iba al Zig Zag [bar de copas de moda en los 1970], allí me encontraba con Vila-Sanjuán o con Vidal-Folch, más jóvenes que yo. Yo aún no había escrito apenas nada, y me retiraba a casa diciendo: “Me voy a casa, hoy he decidido que de

de escribir”. Por eso ahora nadie me cree.

¿Y por qué seguir escribiendo?

Tengo la impresión de que la mía es una obra en marcha de la que faltan algunos elementos. No es un libro y después otro, sino un discurso continuado que empezó hace tiempo y ha ido cuajando con el transcurso de los años.

“Los libros ocupaban todo”

Aunque Vila-Matas es un hombre extremadamente educado, amable y con un aspecto de señor de Barcelona, a su alrededor, tal vez sin él proponérselo, siempre suceden cosas singulares. Mi grabadora cae al suelo en plena entrevista, se despanzurra y milagrosamente no se rompe. En el taxi que amablemente me invita a compartir de retorno a la redacción, nuestra conversación sume al taxista en un frenesí verbal y acaba liderando una tertulia metafísica. Y resuelvo otro pequeño misterio. Unos meses atrás, al rastrear un ejemplar de un libro que había extraviado hace tiempo (*Cartas a una amiga inventada*, de Saint-Exupéry), compré un nuevo ejemplar que había localizado a través de internet y

resultó que tenía una dedicatoria de Vila-Matas a Paula (su esposa, Paula de Parma). Le pregunto si es una dedicatoria apócrifa, y resulta que no: “Pasó que, en la mudanza que hice hace cuatro años, se me quedaron dos cajas perdidas y ha sido un lío”. Me ofrezco (sin mucho entusiasmo) a devolverle el libro. “No, no te preocupes. Lo peor es que había libros dedicados a mí y hay gente que se ha enterado por internet de que su libro andaba por ahí y se han molestado. Algunos los recuperé. Uno dedicado por Gonzalo Suárez, por ejemplo, del que yo jamás me habría desprendido. Delante mío una persona le regaló a otra un libro que era mío y me di cuenta pero no dije nada, fue una cosa muy extraña.

Me cuenta que, al cambiar de casa, sí que hizo una criba fuerte: “Los libros ocupaban todo, ya casi no se podía hacer vida dentro porque era muy pequeña. Al cambiar de casa me desprendí de muchísimos. Aún tengo muchos, pero bien colocados. Y hay un par de habitaciones de la casa donde se puede estar sin libros”.

A mí, mi mujer me regaña si llevo más libros a casa...

Mi mujer tampoco me deja.

Los entro de tapadillo.

Yo también.

[Los dos sabemos que no es del todo cierto, pero nos agrada sentirnos un poco estraperlistas de libros en nuestra propia casa. Y apunta: “Ahora tengo el sistema de que, si entra un libro, sale otro... Sería gravísimo que en la nueva casa se reprodujera la invasión de libros no solicitados que llegan de las editoriales”. El taxi llega a la puerta de la redacción.]

¿Tiene la sensación de que empieza a querer desprenderse de cosas que antes le importaban mucho?

Muchas cosas se hacen menos importantes. Muchas... Me invitan a sitios, a hacer libros de encargo... estas cosas, hace veinte años, me habrían hecho una ilusión bárbara y ahora ha llegado un momento en que ya no. Al final queda la figura esencial, casi sin equipaje. ■